

Cruz Morcillo

# LA HERMANDAD DEL MAL

«A Bruno Hernández Vega lo apodaron el *Descuartizador de Majadahonda* y fue condenado por el asesinato de su tía Liria y su inquilina Adriana. Pero detrás de Bruno se esconde una enfermedad difícil de controlar con consecuencias siempre imprevisibles: la esquizofrenia paranoide.»

Sinficción<sup>2</sup>



Cruz Morcillo (Castellar, 1973) es periodista. Desde 1997 se dedica a contar sucesos e información policial en *ABC*. Una década después empezó a hacerlo en radio y televisión. Colabora en Cadena Cope y en *El Programa de Ana Rosa*, entre otros programas de actualidad de Mediaset. Ha recibido premios del Consejo General del Poder Judicial, la Policía Nacional y la Guardia Civil. Le hizo especial ilusión la Cruz al mérito policial con distintivo blanco.

Su último libro es *Departamento de Homicidios. Una memoria de la España negra. Con Palabra de Vor. Las mafias rusas en España* ganó el premio al mejor libro de no ficción de la Semana Negra de Gijón (2011). En el 2015 volvió a ser finalista del Rodolfo Walsh por *El crimen de Asunta*. Ha participado en otras obras colectivas como *España Negra* o *Violencia de género. Claves y recursos para periodistas*.

Dos mujeres desaparecidas con cinco años de diferencia. No se conocen, jamás se han visto. Liria nació en Salamanca; Adriana en Buenos Aires. Solo les unen dos cosas: han vivido en el mismo chalé de Majadahonda (Madrid) en épocas distintas y han conocido a Bruno Hernández Vega.

Eduardo cruza el mundo para encontrar a su hermana Adriana, pero su rastro se pierde en ese chalé en el que Bruno le alquilaba una habitación. Las pesquisas pronto pondrán sobre la pista a la Guardia Civil. Descubren que desde hace años tampoco nadie sabe nada de Liria, la tía de Bruno y propietaria de la casa.

Bruno tiene explicaciones para casi todo: Liria se mudó a Ávila y su inquilina se ha marchado con un novio. Los agentes sospechan que Bruno miente.

Para resolver el caso, los investigadores tendrán que atar cabos y reconstruir los últimos días de ambas sin la ayuda de Bruno, que sufre esquizofrenia paranoide y cree que la Hermandad de la ER, a la que dice pertenecer, lo persigue día y noche.

La complejidad de la mente queda retratada magistralmente por Cruz Morcillo en un crimen con dos fallecidas y muchas vidas truncadas. Pero, sobre todo, con un culpable que quizá sea una víctima más. Sin medicación y sin freno, todo es posible en un brote de un enfermo mental. El «chalé de los horrores» es la prueba.





# LA HERMANDAD DEL MAL



Primera edición: noviembre del 2021

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

© Cruz Morcillo, 2021

© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S.L.

Directora de la colección: Marta Robles

Diseño de la colección: Ernest Mateu

**sinficción**

Editorial Alrevés, S.L.

Carrer de València, 241 4rt - 08007 Barcelona

[www.alreveseditorial.com](http://www.alreveseditorial.com)

ISBN: 978-84-18584-17-6

Código IBIC: BTC

Producción del ePub: booqlab



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# LA HERMANDAD DEL MAL

– Cruz Morcillo –

Colección dirigida y coordinada por  
Marta Robles

**sinficción**

– Barcelona 2021 –





*A la memoria de Adriana y Liria*

— • —

Quisiera,  
a veces,  
que borrarse el tiempo  
los nombres y los hechos de esta historia  
como borraré un día mis palabras  
que la repiten siempre tercas, roncás.

ÁNGEL GONZÁLEZ,  
*Camposanto en Colliure*

— • —

Me siento abrumado por mis culpas,  
son un peso superior a mis fuerzas;  
mis heridas se han infectado y supuran,  
por culpa de mi insensatez.

SALMOS 38, 5

— • —

La pesadilla de la esquizofrenia es no saber lo que es verdad.

*Una mente maravillosa*

# – Índice –

Prólogo

PRIMER INGRESO: Los envenenadores chinos

1. La buena suerte
2. La picadora
3. Angélica

SEGUNDO INGRESO: La Hermandad

4. Adriana
5. Liria

TERCER INGRESO: Lucifer y la «er»

6. No me llames Verónica
7. Están vivos

CUARTO INGRESO: Una guerra mundial

8. El sótano del demonio
9. Un viaje a Barcelona
10. Malditas cámaras
11. Embarazada
12. Entre pájaros y ratas
13. Bruno no es capaz
14. Solo quiere salir en la tele

QUINTO INGRESO: Tintín, Hernández y Fernández

15. La cárcel
16. Mentiras y familias
17. Olivia es mía

18. No lo recuerdo
19. El loco no es tonto
20. Sin piedad

SEXTO INGRESO: Mi señor «er»

21. Marionetas rotas
22. Bruno y yo

Agradecimientos

– Prólogo –

## ¿EN PRESENCIA DE DIOS?

Cruz Morcillo no es una contadora de historias novel. Es una veterana. Narra desde que era una cría con la precisión de una regla graduada y con la facilidad con la que la afilada hoja de una navaja se hunde en un vientre y lo desgarrar. Comenzar a leer cualquiera de sus relatos exige ponerse en guardia. Saber que desde la primera línea la inquietud inmoviliza y estremece. También lo consigue en esta ocasión. Más que nunca. Ayudada por aquello que más nos aterra: ¿Cuánto miedo debemos sentir ante una persona con la razón alterada? ¿Hasta dónde puede llegar una esquizofrenia paranoide en su escalada de ideas delirantes? ¿En qué puede desembocar? Una desaparición que podía haber pasado desapercibida, el empeño de un hermano que no se cree los mensajes de WhatsApp y una investigación policial que va transformando las angustias en certezas están en el arranque de esta pavorosa historia. Mientras acompañamos a los agentes en la búsqueda de la desaparecida, en un viaje donde el olor de la sangre que no se ve se nos impregna en el alma, las peores sospechas se convierten en realidad. Los crímenes más espantosos se ocultan tras los muros de las viviendas más normales y sencillas. La pluma experta e imbatible de Cruz Morcillo desmenuza un caso que descolocó a nuestra sociedad, siempre ansiosa de las explicaciones que a veces no existen. ¿O quizás alguien puede siquiera imaginar que hay algún motivo o justificación para matar a un ser humano y triturar su cadáver? ¿Es la demencia la respuesta? Entonces, ¿qué hacen tantos pacientes psiquiátricos abandonados a su suerte fuera de los

centros? ¿No es perturbador pensar que puede haber más personas con las mentes dañadas que conviven con nosotros de las que pensamos? ¿O tal vez no son locos, solo malvados, y cuando eso se confirma es cuando, por fin, los encierran en las cárceles? Lean *La Hermandad del Mal*. Se harán más preguntas de las que yo les formulo. No les será fácil encontrar respuestas. Menos aún cuando lleguen al final de lo narrado y sean testigos de la conversación entre el protagonista y la autora. Cara a cara. Miedo a miedo. ¿En presencia de Dios?

MARTA ROBLES

— • —

— PRIMER INGRESO —

## LOS ENVENENADORES CHINOS

El hombre que aporrea la puerta y le ordena que abra dice que es su padre, pero no sabe si creerlo. Le duele el estómago. Está seguro de que lo han envenenado los chinos. Manipulan la cadena alimentaria y nadie se da cuenta. No quiere discutir otra vez con su padre. El hombre ha dejado su trabajo y ha venido desde Madrid a Tordillos (Salamanca). Está preocupado por su hijo. Su hernia de hiato ha empeorado por culpa de los chinos. Él sigue trabajando en su proyecto secreto encerrado en la buhardilla de la casa de sus abuelos, donde nadie lo molesta. A su tío solo le importan las vacas y las tierras. Bruno ha colocado un candado y su padre no puede entrar, pero lo convence de que vaya al médico. Bruno no entiende por qué horas después está atado a una cama de hospital. «Tengo algo dentro del cuerpo, como una lapa, una sustancia que utilizan los ejércitos nórdicos, o pueden ser las emisiones electromagnéticas», cuenta a los médicos. «Lo dije en la oficina del Gobierno y me ingresaron. Dejé de pensar en ello porque me lo explicó la doctora.»

**11 de septiembre - 24 de octubre del 2012**

**Hospital de Salamanca / Unidad de Psiquiatría del  
Hospital Universitario de Móstoles**

**DIAGNÓSTICO:** Bruno Hernández Vega. Paciente de veintiocho años. Esquizofrenia paranoide. Ideas delirantes extrañas, de perjuicio, comportamiento catatónico. Severa afectación cognitiva. Curso deteriorante de la enfermedad. Al alta, seguimiento en el



centro de salud mental de Móstoles. Derivado al hospital de día de Psicóticos de la calle Ponzano.

— • —

– CAPÍTULO 1 –

## LA BUENA SUERTE

**E**duardo viene a Madrid para buscar a su hermana. No espera tener que encararse con la muerte ni con la locura. Pero ambas le salen al paso. Bruno tampoco imagina que el vuelo que mete a ese desconocido en su vida dinamitará su racha de suerte.

### **Lunes, 6 de abril del 2015**

El avión de Buenos Aires aterriza a las cinco de la madrugada en Barajas. Bruno wasapea con su novia. Han pasado la noche del Domingo de Resurrección abrazados en Móstoles. Ella se ha marchado de madrugada porque aún vive con su marido y su hija. «Pronto podremos estar juntos, ya verás», le escribe él. Tres horas después Eduardo llama a su puerta. A Adriana, su hermana mayor, se la ha tragado la ciudad. El argumento es tan burdo que solo Bruno piensa que alguien lo creerá. Eduardo no, desde luego.

—He llegado hoy de Argentina porque no sabemos nada de mi hermana desde el lunes 30 de marzo. Fui a su casa y hablé con el casero. Me dijo que no estaba allí, que se había ido con su novio, había dejado una nota y se había llevado sus cosas.

Eduardo Gioiosa denuncia la desaparición de Adriana a las 12:46 de la mañana en el cuartel de la Guardia Civil de Majadahonda (Madrid). Una semana antes habían quedado en hablar por Skype para felicitarlo por su cumpleaños. Ella ni llamó ni se conectó. Adriana, de cincuenta y cuatro años, empleada en un Burger King, sortea el desarraigo de la inmigración con

llamadas diarias a sus padres a Argentina. Acaba de visitar a su familia al otro lado del Atlántico.

Antes de ir al cuartel, Eduardo se presenta en la casa donde vive su hermana en una habitación alquilada en Majadahonda. Bruno, el casero, le dice que puede ver el cuarto, pero luego se lo impide.

—Me empezó a hablar de una supuesta deuda de ella y no me enseñó la nota que en teoría había dejado. Mi hermana le había contado a mi madre que se llevaba mal con ese hombre, que a veces también vivía allí. Su actitud me ha parecido muy rara — explica Eduardo al agente que toma la denuncia.

A las once de la noche, Eduardo regresa de nuevo al cuartel con más datos. Esa tarde, él y varios amigos y familiares de Adriana han recibido unos mensajes extraños, todos idénticos, a través de WhatsApp y de Skype, desde el teléfono de ella.

«Me mudé con Mojamed»

«Estoy de viaje por europa»

«Vos nunca creerás esto»

«Me compró un piso en italia»

«Tengo el teléfono roto»

«Me mude»

«Estoy dando una vuelta por europa»

«Bs»

...

—Apuesto mi vida a que eso no lo ha escrito mi hermana y no pierdo —insiste Eduardo al agente—. La manera de hablar de ella es diferente y la forma de escribir ciertas frases y palabras es muy distinta. Es argentina y no se expresa así, ni comete faltas de ortografía. No pondría Italia o Europa en minúscula. Dice que

tiene el teléfono roto y pregunta constantemente si se ha recibido el mensaje, pero no vuelve a contestar si alguien le pregunta algo.

El hombre agobiado que acaba de cruzar el mundo con un mordisco en el estómago desgrana durante casi una hora los detalles que le chirrían. Ni él ni la amiga de Adriana, Cristina Jarabo, ni nadie de su familia conoce al tal Mojamed. Después de una semana de silencio, justo el día en que ha ido a hablar con el casero, su hermana ha empezado a mandar mensajes a todos sus contactos. Adriana se cayó antes de regresar a Madrid, cuando paseaba a los perros, y lleva la muñeca escayolada. Eduardo acaba de averiguar que entregó un parte de baja en el Burger King el 30 de marzo y tendría que haber llevado ya el siguiente parte al restaurante. No lo ha hecho.

—Nunca pasa más de tres días sin hablar con nosotros. Quien escribe los mensajes no es ella —insiste.

El contestador del teléfono de Adriana repite de forma cansina las mismas palabras: apagado o fuera de cobertura.

Cuando sale del cuartel, la inquietud de Eduardo, de cuarenta y ocho años, se ha convertido ya en angustia. La certeza de que alguien la retiene o la ha hecho desaparecer se impone a la esperanza que lo empujó a comprar un billete urgente a Madrid dos días antes en busca de respuestas. La decisión de volar a España la había tomado tras hablar con Cristina, amiga de Adriana en Madrid desde que coincidieron en una orquesta de flautas. Esa afición las hacía verse cada quince días y compartir un café de vez en cuando. Cercanía a golpe de jungla urbana.

Antes de decidir tomar su vuelo, Eduardo publicó un mensaje en Facebook pidiendo ayuda para encontrar a la desaparecida. Cristina se presentó en la casa de Adriana en Majadahonda, como le había pedido su hermano.

—Adriana no está —le respondió entonces el casero—. Yo mismo la acompañé al hospital un día, no sé cuál... Estoy hablando con una amiga por teléfono y tal vez me vaya de viaje con ella.

Cristina transmitió a Eduardo las sorprendentes respuestas y fue cuando él optó, sin esperar, por coger el primer avión a España.

\*\*\*

—Tenemos una denuncia por desaparición con mala pinta, mi comandante.

El agente de guardia da las novedades al jefe, el comandante Julián Martínez Power. Introdúcen los pocos datos recabados en el SIGO, el sistema que centraliza la información y el trabajo diario de la Guardia Civil, y en el que se almacena información de varias fuentes y bases de datos, y cruzan una mirada que no tranquiliza a ninguno de los dos.

—Esta desaparición no es voluntaria. Hay que activar al equipo ahora mismo —ordena el jefe.

La suerte se tuerce para Bruno con un sello judicial estampado en un papel el martes 7 de abril del 2015. A las 22:05 de la noche se registra la denuncia de un delito contra la libertad con dos nombres: Adriana Beatriz Gioiosa Nassimi y Bruno Hernández Vega. A su manera, cada uno perseguía una sombra de libertad. Los agentes, con los datos que les ha proporcionado el hermano, habían redactado unas horas antes la primera diligencia para el juez. Dos folios. La mala suerte del casero empieza a adquirir formas concretas, a llenarse de palabras. Son los hechos los que quiebran sueños.

En el Hospital Universitario Puerta de Hierro de Majadahonda, el que le corresponde por zona, no han asistido a Adriana desde

septiembre del 2014; en el Burger King entregó la baja el día 30. Tenía que haberla confirmado a la semana o haber vuelto al trabajo: no saben nada de ella. Los guardias van al lugar donde reside la desaparecida, en el número 6 de la calle Sacedilla de Majadahonda (*ver página A*), para hablar con el dueño, Bruno, mencionado por Eduardo y Cristina. Nadie responde. Vuelven varias veces esa noche. Mismo resultado. «Trabajaré en turno de noche», piensan, sin saber aún qué papel le corresponde al misterioso propietario.

Los datos del padrón les sirven para empezar a conocer a los protagonistas de la historia y sus vínculos. En la casa de Majadahonda, además de Adriana, constan otras tres personas: una mujer de sesenta y un años, llamada Liria Hernández; un hombre de treinta y nueve, José Antonio Blanco Hernández, y otro de treinta y dos, Bruno Hernández Vega. Este último lleva empadronado ahí solo cinco meses, el mismo tiempo que Adriana como inquilina.

—El tal Bruno tuvo un ingreso forzoso en la unidad de Psiquiatría del Hospital Universitario de Móstoles en esas fechas, en noviembre del 2014. No me gusta —comenta uno de los agentes tras consultar una aplicación policial.

—Pues del coche de la desaparecida tampoco hay ni rastro. Es un Opel Zafira —añade su compañero, que está a punto de entregar el atestado en el juzgado de guardia, el de Primera Instancia e Instrucción número 1 de Majadahonda.

Pese a que Adriana es una mujer adulta que puede marcharse sin dar explicaciones, los datos que van engrosando el atestado destilan pinceladas inquietantes. Su hermano tiene razón. No da el perfil de alguien que no quiere ser encontrado.

**Martes, 7 de abril**

Bruno, el que creen dueño del chalé, responde a la Guardia Civil horas después. Desde el lunes 6 de abril por la noche hasta el martes 7 por la tarde no contesta. Estaba en casa de su padre, en Móstoles, con su pareja, Angélica Bielik. Se excusa diciendo que, aunque conserva ese número, ahora usa otro. Son las cinco y media de la tarde cuando los agentes hablan con el testigo, una declaración salpicada de imprecisiones y lagunas, pese a los pocos días transcurridos. Su desmemoria solo suma sospechas.

Cuenta que la casa es de su tía Liria, la hermana de su padre, y que él la gestiona. Cree que su tía vive en Ávila, sin aportar más datos. Él no reside ahí, aunque tiene una habitación y llaves, y cuando va por la zona se queda a dormir, casi siempre a finales de mes. La semana anterior estuvo unos días y coincidió con una amiga de Adriana que preguntaba por ella, y más tarde con un hombre que dijo ser el hermano de su inquilina.

—Conozco a Adriana desde hace varios meses. La vi por última vez a finales de marzo, los días 29 o 30. Tenía el brazo escayolado. Me comentó que había estado de viaje y se había hecho daño, por eso se iba a dar de baja en el trabajo. La llevé en su coche al médico, no sé a qué hospital, para que le hiciesen la baja.

Es la misma versión que le había dado a Cristina, cuando se presentó en la casa a buscarla. «Nos lleva a pensar que Bruno fue una de las últimas personas, si no la última, que vio a la desaparecida», anotan los agentes.

El testigo asegura que después del médico volvieron al chalé. Adriana se fue a hacer unas compras, él dejó la casa, dio una vuelta y más tarde cogió un autobús y se marchó. Ya no vio más a su inquilina. El siguiente día que regresó a la vivienda fue cuando apareció la amiga, y esa mujer le dijo que el hermano de Adriana la estaba buscando y pretendía venir desde Argentina.

—¿A qué se dedica usted?

—Hago de intermediario de fincas de Canadá, de las que me llevo comisión por la venta, y también estoy en trámites para dar clases de inglés, porque soy bilingüe.

—¿Ha tenido alguna discrepancia con Adriana?

—No, no hemos tenido ninguna riña.

Las explicaciones resultan poco o nada convincentes, y su actitud no los tranquiliza. Les cuenta que ha encontrado una nota manuscrita de la inquilina en un cajón del salón en la que le anuncia que se va y que le deja las llaves de la casa. «La tiré al cubo de la basura», repite. Lo mismo que dijo a Eduardo. «Es una conducta descabellada no conservar la nota», subrayan los agentes. Tan descabellada como para pedirle en ese momento que los deje entrar en el chalé en busca de algo que ayude a dar con Adriana. Bruno accede.

Nadie conoce los mecanismos mentales que se activan cuando un individuo se siente vigilado o señalado (*ver página A*), a menudo ni siquiera el protagonista. Si Bruno Hernández tenía algo que esconder no parecía lógico que abriera sus puertas a la Guardia Civil, pero si en una mente equilibrada se acumulan desajustes, en una que ya había dado muestras de zigzaguear los razonamientos siguen sus propios impulsos. Bruno se sentía poderoso, el único dueño de su secreto.

El brigada Miguel Ángel Sánchez está al frente del equipo de la Policía Judicial de Las Rozas-Majadahonda. Los delitos de cierta entidad que se cometen en esas dos localidades de la Comunidad de Madrid —en las que viven casi doscientas mil personas— son responsabilidad suya. Con los datos recogidos coincide con su comandante y con su compañero, el guardia Pedro Moreno, en que la desaparición de Adriana parece cualquier cosa menos voluntaria.

Son las 20:10 cuando Sánchez, Moreno y Eric de Cima, tres de los miembros del equipo, entran en el chalé de la calle Sacedilla